

que fueron á tratarlo eran Alabeces, Aldoradines, Gazules, Venegas, y Muza por cabeza de todos; los cuales salieron de la ciudad y fueron á Santa Fe donde estaba el rey don Fernando, acompañado de los grandes de Castilla; el cual como vió venir tan grande escuadron, mandó que el real se apercebiese por si fuese menester, aunque por cartas de Muza sabía lo que se trataba en Granada. Llegaron al real los granadinos caballeros, se apearon y entraron en Santa Fe, y fueron al alojamiento real. Eran Muza, Malique Alabéz, Aldoradin y Gazul, los cuales llevaban comision de tratar este negocio. Todos los demás caballeros moros quedaron fuera del real, paseándose y hablando con los demás caballeros, admirados de ver tanta braveza y apercebimiento de guerra, y de ver aquel fuerte real y su asiento. Finalmente, los comisarios moros hablaron con el rey, y Aldoradin, caballero muy estimado, dijo lo siguiente:

«No las sangrientas armas ni el belicoso son de acor-dadas trompetas y retumbantes cajas, ni arrastradas banderas, ni muerte de varones ínclitos, invicto y poderoso Rey Católico, ha sido parte para que nuestra ciudad de Granada viniere á entregarse, y dar y abatir sus reales pendones, sino la fama de tu soberana virtud y misericordia que de ordinario usas con tus súbditos, lo cual es muy manifiesto á todos; y confiados en que nosotros los moradores de la ciudad de Granada no seremos menos tratados ni honrados que los demás que á tu grandeza se han dado, nos venimos á poner en tus reales manos, para que de nosotros y de todos los de la ciudad hagas tu voluntad, como de humildes vasallos; y desde ahora prometemos de darte á Granada y todas sus fuerzas, para que de la ciudad y dellos dispongas á tu voluntad, y el rey besa tus reales piés y manos, y pide perdon de haber faltado á la palabra y juramento dado; y porque tu grandeza vea ser esto así, toma una carta suya, la cual me mandó que pusiese en tus reales manos.»

Diciendo esto, hincadas ambas rodillas, besó la carta, y se la dió al rey don Fernando; y recibéndola con mucho contento la abrió, y leida entendió el rey ser así lo que Aldoradin le había dicho, y que su Alteza fuese á Granada y tomase posesion de la ciudad y del Alhambra.

El Aldoradin pasó adelante con su plática diciendo: «Las condiciones arriba dichas son, que los moros que quisiesen ir al Africa se fuesen libres, y que los que se quisiesen quedar, que les dejasen sus bienes, y que los que quisiesen vivir en su ley, viviesen, y trajesen su hábito y hablasen su lengua.»

Todo lo cual les otorgó el rey don Fernando muy alegremente; y así los cristianos reyes de Castilla y de Aragon, don Fernando y doña Isabel fueron con gran parte de su gente á Granada, dejando su real á muy buen recaudo; y día de los reyes, en 50 dias de diciembre, les fué á los Reyes Católicos entregada la fuerza del Alhambra; á 2 dias del mes de enero la reina doña Isabel y su corte, con toda la gente de guerra, partió de Santa Fe á Granada, y en un cerro que estaba junto á ella se puso á mirar la hermosura de la ciudad, aguardando que se hiciese la entrega della. El rey don Fernando, también acompañado de sus grandes de Castilla, se puso por la parte de Jenil adonde salió el rey moro, y en llegando le entregó las llaves de la ciudad y de las fuerzas, y se quería apea para besarle los piés. El rey don Fernando no consintió que hiciese lo uno ni lo otro. Finalmente, el moro le besó la mano y le entregó las llaves, las cuales dió el rey al conde de Tendilla, por haberle hecho merced de la alcáidía, porque la tenía bien merecida; y así entraron en la ciudad y subieron al Alhambra, y encima de la torre de Comares tan famosa se levantó la señal de la santa cruz; y luego el estandarte de los Católicos Reyes; y los dos reyes de armas dijeron en altas voces: *viva el rey don Fernando, por*

él, y por la reina doña Isabel, su mujer. La católica y serenísima reina, que vió la señal de la santa cruz encima de la torre de Comares, y su estandarte real con ella, se hincó de rodillas, y puestas las manos dió infinitas gracias á Dios por la feliz victoria que había ganado contra aquella populosa ciudad de Granada. La música de la capilla del rey cantó luego: *te Deum laudamus.* Fué tan grande el placer de todos, que lloraban.

Luego se oyeron en el Alhambra mil instrumentos de bélicas trompetas, pifanos y cajas. Los moros amigos del rey don Fernando, que querian ser cristianos, y cuya cabeza era Muza, tocaron muchas dulzainas y añafles, sonando gran ruido de tambores por toda la ciudad. Los caballeros moros, que habemos dicho, en aquella noche jugaron galanamente alcancías y cañas, las cuales se holgaron de ver los dos cristianos reyes. Había tantas luminarias, y tantas fiestas y regocijos aquella noche, que era cosa de ver. Dice nuestro coronista, que aquel día de la entrega de la ciudad el rey moro hizo sentimiento en dos cosas. La una es, que pasando el rey moro un río, los moros que iban á la par del cubrieron los piés, lo cual el rey no quiso consentir. La otra costumbre es, que subiendo el rey alguna escalera, los zapatos que se descalza, ó pantuños, al pié della, los mas principales que van con él se los suben; lo cual el rey moro no quiso consentir aquel día. Y así como llegó á su casa el rey moro, que era el Alcázar, comenzó á llorar lo que había perdido; al cual llanto le dijo su madre, que pues no había sido para defenderla, hacia bien llorarla.

Todos los grandes de Castilla le fueron á besar las manos al rey don Fernando y á la reina doña Isabel, y á jurarlos por reyes de Granada y su reino. Los Católicos Reyes hicieron muchas mercedes á todos los caballeros que se habían hallado en la conquista de Granada. Entregada la ciudad, fueron puestas todas las armas de los moros en el Alhambra. Acabado de dar asiento en las cosas de Granada, mandó el rey don Fernando que á los caballeros Abencerrajes se les volviesen todas sus casas y haciendas, y sin esto les hizo grandes mercedes. Lo mismo hizo con Reduán, Sarracino y Abenámara, los cuales habían servido en la guerra muy bien, y con grande fidelidad. Muza y Celima se volvieron cristianos, y los casó el rey, y les dió grandes haberes. La reina Sultana fué á besar las manos á los Reyes Católicos, los cuales la recibieron benigna y amorosamente, y dijo que quería ser cristiana; y así la bautizó el nuevo arzobispo, y la puso por nombre doña Isabel de Granada. Casóla el rey con un principal caballero, y le dió en dote dos lugares. A todos los Alabeces y Gazules el rey les hizo grandes mercedes, especialmente á Malique Alabéz, que se llamó don Juan Alabéz, y el mismo rey fué padrino suyo, y de Aldoradin, al cual llamó de su propio nombre Fernando Aldoradin. El rey mandó que si quedaban Zegries, que no viniesen á Granada, por la maldad que hicieron contra los Abencerrajes. Los Gomeles se fueron á Africa, y el rey Chico con ellos, que no quiso estar en España, aunque le habían dado á Purchena en que viviese; y en el Africa le mataron los moros de aquellas partes, porque perdió á Granada.

Nuestro moro coronista nos advierte de una cosa, y es, que los caballeros llamados Mazas, que no era este su propio nombre, sino Abembices. Deste nombre Abembiz hubo dos linajes en Granada, y no bien puestas los unos con los otros, porque cada uno decia ser de mas claro linaje que el otro. Sucedió que el bando de aquellos Abembices, en tiempo del rey de Castilla don Juan I, tuvieron una batalla en la Vega de Granada con los cristianos, y de los cristianos se llamaba el capitán y alférez, que era su hermano don Pedro Maza. Decian ser estos caballeros del reino de Aragon y de Valencia, y que esta sangrienta batalla fué muy reñida; de manera que los capitanes de ambas partes murieron, asimismo los alféreces, y los estan-

dartes fueron trocados: que el de los moros llevaron los cristianos, y los moros se llevaron el de los cristianos; y fueron cautivos así de una parte como de otra, y respecto de aquella cruel batalla por la memoria della, en Granada diciendo ó nombrando los Abembices, respondian las Mazas ó los otros. De manera que fueron llamados los Abembices Mazas, y se quedaron con aquel nombre.

El rey don Fernando les dió á los caballeros Venegas muy grandes mercedes y privilegios, como que pudiesen traer armas; asimismo á los Alabeces y Aldoradines. La hermosa reina, que ser solía llamada doña Isabel de Granada siendo casada, como ya hemos dicho, dió libertad á su criada Esperanza de Hita, y muchas y muy ricas joyas, y la envió á Mula, de donde era natural, al cabo de siete años de cautiverio. No muchos dias después de tomada Granada, fué hallada una cueva de armas, de la cual se hizo grande pesquisa; y descubierta la verdad, se hizo justicia de los culpados. Algunas cosas de estas no llegaron á noticia de Hernando del Pulgar, coronista de los Católicos Reyes; y así no las escribió, ni la batalla que los cuatro caballeros cristianos hicieron por la reina, porque dello se guardó el secreto; y si algo destas cosas supo y entendió, no puso la pluma en ello, por estar ocupado en otras cosas tocantes á los Católicos Reyes y de mas grande. Nuestro moro coronista supo de la Sultana, debajo de secreto, todo lo que pasó, y ella le dió las dos cartas: la que envió á don Juan Chacon, y la respuesta que le envió; que así él pudo escribir aquella famosa batalla, sin que nadie entendiese quién fueron hasta ahora. Visto por el coronista perdido el reino de Granada, se fué á Africa y á Tremecén, llevando todos sus papeles consigo: allí murió, y dejó hijos y un nieto suyo no menos habil que él, llamado Argutarfa, el cual recogió todos los papeles de su abuelo, y en ellos halló este pequeño libro, que no estimó en poco, por tratar la materia de Granada, y por grande amistad se lo presentó á un judío, llamado Saba Santo, quien le sacó en hebreo por su contento, y el original árabe le presentó á don Rodrigo Ponce de Leon, conde de Bailén. Y por saber lo que contenia, y por haberse hallado su abuelo y visabuelo en las dichas conquistas, le rogó al judío que le tradujese en castellano, y después el conde me hizo merced de darme lo.

Y pues ya hemos acabado de decir todas las guerras civiles, y los bandos de los Zegries y Abencerrajes, diremos alguna cosa de don Alonso de Aguilar, y cómo le mataron los moros en Sierra-Bermeja, con algunos romances de su historia, y daremos fin á los amores de Gazul y Lindaraja. Así como bautizaron á Gazul, y habiéndole hecho el rey merced, pidió licencia para ir á Sanlúcar, y dióselo. Partióse luego, y llegó con brevedad, con el deseo que tenia de ver á su señora, y le hizo saber con un paje su venida. Ella estaba enojada con él sobre ciertos celos, y no quiso oír al paje, de lo cual le pesó á Gazul; y sabiendo que en Gelves se jugaban cañas, porque el alcaide de allí las había ordenado por la paz de los reinos, quiso ir á jugarlas para mostrar su valor; y así un día se puso muy galán, la librea blanca, morada y verde, y las plumas de lo mismo, llenas de argentería de oro y plata, el caballo enjaezado de lo mismo; y antes de partirse fué por la calle de Lindaraja por verla, y él llegaba á sus ventanas cuando la dama salía á un balcon. Gazul que la vió, lleno de alegría y contento picó al caballo, y llegando junto al balcon le hizo arrodillar y poner la boca en el suelo; así como aquel que le tenía enseñado en aquello para aquella hora. Comenzó á hablar diciendo: «qué le mandaba para Gelves, que iba allí á jugar cañas, y que con haberla visto llevaba esperanza de que le iria bien en aquella jornada.» La dama le respondió, que á la dama que servia le pidiese favores, que á ella no había para qué, que no cuidase de engañar á nadie; y diciendo esto, echándole muchas maldiciones, se quitó del balcon y cerró la ventana con gran

furia. Gazul, viendo aquel gran disfavor de su dama, arremetió el caballo á la pared; y así hizo la lanza pedazos y se volvió á su casa, y se desnudó para no ir á las cañas. No faltó quien le diese noticia desto á Lindaraja, la cual estaba arrepentida de lo que había hecho; y así con un paje envió á llamar á Gazul para que se viesse con ella en un huerto que ella tenia. Gazul lleno de alegre esperanza vino á su llamado, y se vió con ella en aquel jardin, donde ella le dió disculpas, y pidió perdon de lo hecho, y se casaron los dos; y para que fuese á jugar cañas á Gelves ella le dió muy ricas empresas, y por esto se dice este romance:

Por la plaza de Sanlúcar
Galán paseando viene
El animoso Gazul
De blanco, morado y verde.
Quiérese partir el moro
A jugar cañas á Gelves,
Que hace fiestas su alcaide
Por las paces de los reyes.
Adora una Abencerraje,
Reliquia de los valientes,
Que mataron en Granada
Los Zegries y Gomeles.
Por despedirse y hablarla,
Vue lve y revuelve mil veces,
Penetrando con los ojos
Las venturosas paredes.
Al cabo una hora de noche,
De esperanzas impacientes,
Vióla venir al balcon,
Haciendo los años breves.
Arremetió su caballo,
Viendo aquel sol que amanecía,
Haciendo que se arrodille,
Y el suelo en su nombre bese.
Con voz turbada la dice:
«No es posible sucederme
Cosa triste en esta empresa,
Habiéndote visto alegre.
De que la amé se arrepiente:
Obligacion y parientes;
Volveráme mi cuidado,
Por ver si de mí le tienes.
Dame una empresa ó memoria,
Y no para que me acuerde,
Sino para que me adorne,
Guarda, acompaña y esfuerce.»
Celosa está Lindaraja,
Que de celos grandes muera
De Zaida, la de Jerez,
Porque su Gazul la quiere.
Y de esto la han informado,
Que por ella se arrojó a muerte;
Y así á Gazul le responde:
«Si en la guerra te sucede,
Como mi alma desea,
Y el tuyo falso merece,
No volverás á Sanlúcar,
Tan ufano como sueles,
A los ojos que te adoran,
Y á los que mas te aborrecen.
Y plegue Alá que en las cañas
Los enemigos que tienes,
Te tiren secretas lanzas,
Porque mueras como mientes.
Y que traigan fuertes jacos
Debajo los alquiceles,
Porque si quieres vengarte,
Acabes, y no te vengues.
Tus amigos no te ayuden,
Tus contrarios te atropellen,
Y que en hombros dellos salgas,
Cuando á servir damas entres.
Y que en lugar de llorarle
Las que engañas y entretienes,
Con maldiciones te ayuden,
Y de tu muerte se alegren.
Piensa Gazul que se burla,
Que es propio del inocente;
Y alzándose en los estribos,
Tomarla la mano quiere.
«Miente, la dice, señora,
El moro que me revuelve,
A quien estas maldiciones
Le vengas, porque me vengue.
Mi alma aborrece á Zaida;
De que la amé se arrepiente:
Malditos sean los años
Que la serví por mi suerte.
Dejóme á mí por un moro
Mas rico de pobres bienes.
Estío que oye Lindaraja,
Aqui la paciencia pierde.
A este tiempo pasó un paje
Con sus caballos jinetes,
Que los llevaba gallardos
De plumas y de jaeces.
La lanza con que ha de entrar
La tomó, y fuerte arremete,
Haciéndola mil pedazos
Contra las mismas paredes.
Y manda que sus caballos
Jaeces y plumas truequen,
Los verdes en leonados,
Para entrar leonado en Gelves.

Ya contamos cómo habiendo pasado aquestas palabras entre Lindaraja y Gazul, ella se quitó del balcon muy enojada y confusa, y dió con su mano á las puertas de la ventana, y con mucho furor la cerró inconsideradamente; mas después, siendo dello arrepentida, como aquella que amaba de todo corazón á Gazul, y sabiendo cómo desesperadamente había trocado sus aderezos verdes, azules y blancos en leonados, y roto la lanza con enojo en la pared, como atrás se dijo; enviándole á llamar, que le esperaba en su jardin, trató con él muy largas cosas, y entre los dos se casaron, y ella le dió para irse al dicho juego de cañas á Gelves ricas preseas por su memoria. Y desto se hizo este romance, que dice así:

Adornado de preseas
De la bella Lindaraja,
Se parte el fuerte Gazul
A Gelves á jugar cañas.
Cuatro caballos jinetes
Lleva cubiertos de galas,
Con mil cifras de oro fino,
Que dicen: *Abencerraje*.
Cada librea de Gazul
Es azul, blanca y morada,
Los penachos de lo mismo
Con una pluma encarnada.
De costosa argentería,
De fino oro y fina plata,
Pone el oro en lo morado,
La plata en lo rojo esmaltado.
En salvaje por divisa
Lleva en medio de la adarga,
Que desquijara un leon,
Divisa hermosa y usada
De nobles Abencerrajes,
Que fueron flor de Granada.
De todos bien conocida,
Y de muchos estimada.
Llevaba el fuerte Gazul,
Por respeto de su dama,
Que era de Abencerrajes,
A quien por extremo amaba,
Una letra en lengua mora
Que dice: *Nadie la iguala*.
De aquesta suerte Gazul
De Gelves entró en la plaza.
Con treinta de su cuadrilla,
Que así concertado estaba,
De una librea vestidos,
Que admira á quien los miraba;
Y una divisa sacaron
Que ninguno discrepaba,
Sino fué solo Gazul
En las cifras que llevaba.
Al son de los añafles
El juego se comenzaba,
Tan trabado y tan revuelto
Que parece una batalla.
Mas el bando de Gazul
En todo lleva ventaja:
El moro caña no tira
Que no aporte una adarga.
Mirarlo mil damas moras
De balcones y ventanas,

También lo estaba mirando
La hermosa mora Zaida;
La cual dicen de Jerez
Que en las fiestas se hallara:
Vestida va de leonado
Por el luto que llevaba
Por su esposo tan querido.
Que el bravo Gazul matara.
Zaida bien le reconoce
En el tirar de la caña.
Acuérdase en su memoria
De aquellas cosas pasadas,
Cuando Gazul la servía
Y ella le fué tan ingrata.
Muy mal pagó sus servicios,
Y lo mucho que él la amaba:
Siente tanto dolor de eso,
Que allí cayó desmayada.
Y al cabo que volvió en sí,
Su criada la hablara:
«¿Qué es esto, señora mía?»

«¿Por qué causa te desmayas?»
Zaida respondiera así:
«Con voz muy baja y turbada:
«Advierte bien aquel moro
Que arrojó ahora la caña.
Aquel se llama Gazul,
Cuya fama es bien nombrada;
Seis años fui del servida,
Sin de mí alcanzar nada.
Aquel mató á mi marido,
Y de ello yo fui la causa;
Y con todo esto le quiero,
Y le tengo acá en el alma.
Holgara que me quisiera,
Pero no me estima en nada.
Adora una Abencerraje,
Por quien vivo desmayada.»
En esto se acabó el juego,
Y la fiesta aquí se acaba:
Gazul se parte á Sanlúcar,
Con mucha honra ganada.

Muy maravillados quedaron en Gelves de la bondad y fortaleza de Gazul, y cuán bien lo había hecho en el juego de cañas; y de su valor quedaron muchas damas amarteladas, y se holgaron de ser amadas de tan buen caballero. Llegado Gazul á Sanlúcar, luego fué á ver á su dama Lindaraja, la cual no se holgó poco de su venida, y preguntándole muy por estenso todo lo que en Gelves había pasado, el enamorado Gazul la satisfizo de todo con mucha alegría, contándole cuán bien le había ido en aquel viaje; y por esto se hizo el siguiente romance:

De honor y trofeos lleno,
Mas que el gran Marte lo ha sido,
El valeroso Gazul
De Gelves había venido.
Vinose para Sanlúcar,
Donde fue bien recibido
De su dama Lindaraja,
De la cual es muy querido.
Estando ambos á dos
En un jardín muy florido,
Con amorosos regalos
Siendo cada cual servido;
Lindaraja aficionada,
Una guirnalda ha tejido
De clavellinas y rosas,
Y de un albeli escogido.
Cercada de violetas,
Flor que de amantes ha sido,
Se la puso en la cabeza

A Gazul, y así le ha dicho:
«Nunca fuera Ganimedes
De rostro tan escogido:
Si el gran Júpiter te viera,
El te llevara consigo.»
El fuerte Gazul la abraza,
Diciéndola con un riso:
«No pudo ser tan hermosa
La que el Troyano ha escogido.
Por la cual se perdió Troya,
Y en fuego se había encendido.
Como tú, señora mía,
Vencedora de Cupido.»
«Si hermosa te parezco,
Gazul, cástate conmigo,
Pues que me diste la fe
Que serías mi marido.»
«Pláceme, dice Gazul,
Pues yo gano en tal partido.»

Estas y otras amorosas palabras pasaron entre Lindaraja y su amante Gazul; y así ordenaron de casarse, y Gazul se la pidió á su tío, en cuyo poder estaba Lindaraja. El tío se holgó mucho, por ser Gazul principal y valiente; y así se celebraron las bodas, y fueron muy costosas, y se hallaron en ellas muchos caballeros cristianos y moros, porque vinieron de Granada los cristianos Gazules, Abencerrajes y Venegas. También vino Daraja, hermana de Lindaraja, y su marido Zulema, que eran ya cristianos y muy queridos del Rey Católico, y hubo toros, cañas y sortija. Duraron estas fiestas dos meses, al cabo de los cuales todos los caballeros que habían venido de Granada se volvieron, llevando consigo á los desposados, los cuales en llegando fueron á besar las manos á los Reyes Católicos, de lo que holgaron mucho en verlos, y mandaron que todos los bienes del padre de Lindaraja se los entregasen á Gazul y su esposa. Tornóse cristiana Lindaraja, y llamóse doña Juana; él se llamó don Pedro Gazul cuando le bautizaron.

En esta historia de Gazul se quedó por poner otro romance que era primero que el de Sanlúcar; mas por no estar bueno, y no haberle entendido el autor que le hizo, se puso al principio, porque no causara confusión; y porque no quede con aquella ignorancia, diremos la verdad del caso. El romance que digo, es aquel que dice: *Sale la estrella de Venus*, y el que le compuso no entendió la historia, porque no tuvo razón de decir que se casaba Zaida, hija del alcaide de Jerez, con el alcaide de Sevilla y su fuerza, porque el Gazul que mató al desposado de Zaida no fué en tiempo que Jerez ni Sevilla eran de moros, sino en tiempo de los Reyes Católicos, como se prueba por aquel verso del romance de Sanlúcar, cuando dice: *Reliquias de los valientes*; pues en este tiempo ya habían ganado los cristianos á Sevilla y Jerez. Mas base de entender desta manera el romance y su historia: Zaida la de Jerez

era nieta ó biznieta de los alcaldes de allí, siendo Jerez tomada de cristianos, y quedando los moros en pleitesía, gozando de sus libertades, lengua y hábito, y viviendo en su secta, siendo los cristianos señores de la ciudad y fortaleza. Lo mismo fué en Sevilla, que aquel moro rico que dice el romance que se casaba con Zaida, por ser alcaide en Sevilla; no porque lo era él, sino su abuelo, y el moro vivía en Sevilla con los demás que en ella quedaron, y entre todos se trató el casamiento que dice el romance.

Pues viniendo al caso, Gazul servía á Zaida en tiempo que se trató el casamiento con el moro de Sevilla, y nunca pudo alcanzar Gazul lo que pretendía, porque sabía Zaida que sus padres no querían casarla con él, sino con el sevillano, por tener algún deudo con él, y por ser mas rico que Gazul; y por eso no le favorecía, aunque le amaba de secreto, y no lo manifestaba por no dar disgusto á sus padres. Pues estando ya tratado el casamiento, una noche en cierta zambra que se hacía en la casa de Zaida se halló Gazul, porque entonces había licencia para entrar de paz los moros en las tierras de los cristianos á tratar ó á hablar con los demás moros que estaban en ellas. Pues como se halló allí, danzó la zambra con Zaida; y estando danzando asidos de las manos, como es costumbre en aquel baile, no pudo refrenarse Gazul tanto con el demasiado amor que á Zaida tenía, que al tiempo que acabó de danzar no la abrazase estrechamente; lo cual, visto por el moro sevillano, así como un leon, lleno y ciego de cólera, puso mano á su alfanje y fué á herir á Gazul, el cual se puso en defensa, y aun hubiera ofendido muy mal al desposado, si no fuera por la gente que se puso de por medio. Alborotada la sala de Zaida por esta ocasión, sus padres della se enojaron mucho con Gazul, y le dijeron que se fuese á su casa. Gazul, sin replicar en cosa alguna, se salió muy enojado de allí, y juró de matar al desposado, y para ello aguardó tiempo y lugar oportuno; y sabiendo cuando se desposaba Zaida, ya que era hora, se aderezó muy bien, y subió en un muy buen caballo, y partió de Medinasidonia para Jerez, y entró al anochecer cuando salían Zaida y su desposado, acompañados de muchos caballeros así cristianos como moros, de su casa, para ir á otra donde se habían de celebrar las bodas; lo cual visto por Gazul, rabioso de celos y de cólera, echó mano á un estoque y embistió con el desposado y le dió una estocada, de la cual quedó muerto. Admirados los circunstantes de la tal hazaña, no sabían qué hacer, ni qué decir, salvo los parientes del muerto y los de Zaida, que acometieron á Gazul para matarle, diciendo: «muera el traidor;» pero el valiente Gazul se defendió de todos, hiriendo á algunos dellos, sin que á él le ofendiesen; y así escapó de todos juntos. Por la muerte de Zaida, y por este hecho se dijo este romance que sigue, el cual se había de poner primero que los ya dichos de Gazul; mas pues se ha declarado la causa, no importa que se ponga aquí, diciendo desta manera:

Sale la estrella de Venus
Al tiempo que el sol se pone,
Y la enemiga del día
Su negro manto descoge.
Y con ella un fuerte moro,
Semejante á Rodamonte,
Sale de Sidonia armado;
De Jerez la vega corre,
Por do entra Guadalete
Al mar de España, y por donde
Santa María del Puerto
Recibe famoso nombre.
Desesperado camina,
Que aunque es de linaje noble,
Le deja su dama ingrata,
Porque se suena que es pobre,
Y aquella noche se casa
Con un moro, feo y torpe,
Porque es alcaide en Sevilla
Del alcázar y la torre.
Quejábase grandemente
De un agravio tan enorme,
Y á sus palabras la vega
Con el eco le responde:
«Zaida, dice, mas airada
Que el mar que las nubes sorbe;
Mas dura é inexorable,

Que las entrañas de un monte:
¿Cómo permites, crídel,
Después de tantos favores,
Que de prendas que son mías
Ajena mano se adorne?
¿Es posible que te abrazas
A las cortezas de un roble,
Y dejas el arboluyo
Desnudo de fruto y flores?
Dejas á un pobre muy rico,
Y un rico muy pobre escoges,
Y las riquezas del cuerpo
A las del alma antepones!
Dejas al noble Gazul,
Dejas seis años de amores;
Das la mano á Alabenzaide,
Que aun apenas le conoces.
Alá permita, enemiga,
Que te aborrezca y le adores,
Que por celos de él suspires,
Porque del rey era esclavo:
Y por ausencia le flores:
Y en la cama le fastidies,
Y que en la mesa le enojas,
Y que de noche no duermas,
Y de día no reposes:
Ni en las zambras, ni en las fiestas
No se visia tus colores,

Ni el almaizar que le labres,
Ni la manga que le bordes;
Y se ponga el de su amiga
Con la cifra de su nombre,
Y para verle en las cañas
No consienta que te asomes
A la puerta, ni ventana,
Para que mas te alborotes;
Y si le has de aborrecer,
Que largos años le goees;
Y si mucho le quisieres,
De verle muerto te asombres,
Que es la mayor maldición
Que te pueden dar los hombres.
Y plegue Alá que te enfude
Cuando la mano le tomes.
Con esto llegó á Jerez

No hay cosa tan rabiosa como es el mal de celos; y así están las escrituras llenas de casos acontecidos y desatados por los celos; y con verdad dicen los que dellos tienen experiencia, que es cruel mal de rabia: esto nace de los amantes que son mal considerados: si no, mirese por Zaida la de Jerez, que después de seis años de amores, y de otros dares y tomares que tuvo con Gazul, inconsideradamente le olvidó, y se casó con Zaide de Sevilla, por ser rico, y que Gazul no lo era tanto, no mirando el valor de las personas que eran diversas; porque Gazul, aunque no era rico, era noble de linaje, muy valiente y gentil hombre, como ya se ha dicho; y no era tan pobre, que no tuviese hacienda que valia mas de treinta mil doblas, y muy emparentado en Granada, y todos los de su linaje eran muy ricos y estimados; mas porque el moro Zaide era de mayor riqueza le escogió por su marido. Mal haya la riqueza, pues que muchas veces por ella pierden muchas personas nobles muy buenas ocasiones por no ser ricos, como ahora tenemos ejemplo en Gazul que le desecharon, porque decían que no era tan rico como Zaide, segund parece por el romance; pero á mi parecer no se puede creer que Zaida olvidase á Gazul por ser pobre, al cabo de seis años de amores, en el cual tiempo no podría ignorar Zaida su necesidad, y no podía ser perfecto amor, si fuera fundado en interés, porque por eso pintaan á Cupido desnudo; que se entiende que los amantes han de estar desnudos de todo punto de materia de interés, porque si allí, como entre verdaderos amantes, de dos voluntades y de dos almas hacen una por la obediencia que el uno al otro se tienen, es fuerza que en lo menos, que es la hacienda, haya de haber la misma conformidad; y así digo, que no es posible sino que por causa de sus padres ó deudos dejó Zaida á Gazul; y así parece por aquel romance que trata del juego de cañas de Gelves, donde ella confesó á su criada querer á Gazul; por donde se colige que la casaron contra su voluntad. Este romance dicho y su principio va fuera del blanco de la historia, y ahora, salvo paz de su autor, va enmendado, declarando fielmente la historia; porque verdaderamente fueron los amores de Gazul en tiempo de los Reyes Católicos, y Sevilla y Jerez ya eran de cristianos; Sevilla, ganada por el rey don Fernando el tercero, y Jerez por el rey don Alonso XI; y así no faltó otro poeta que compusiese otro romance por el mismo tema, y no tan intrincado como el pasado, el cual dice así:

No de tal braveza lleno
Rodamonte el africano,
Que llamaron rey de Arjel,
Y de Zarza intitulado,
Salió por su duralice
Contra el fuerte Mandricardo,
Como salió el buen Gazul
De Sidonia aderezado
Para emprender un hecho,
Tal, que nunca se ha intentado,
Y para aquesto se adorna
De jacina y de jaco.
Y al lado puesto un estoque
Que de Fez le fué enviado,
Muy fino y de duro temple,
Que le forjara un cristiano
Que allá estaba en Fez cautivo,
Porque del rey era esclavo:
Mas le estimaba Gazul
Que á Granada y su reinado.
Sobre las armas se pone
Un alquicel leonado:
Lanza no quiere llevar

Pues de casarla con este
A su Zaida habían tratado:
Mas aqueste casamiento
Caro al moro le ha costado,
Porque el valiente Gazul
A Jerez había llegado.
A dos horas de la noche,
Que así lo tiene acordado,
Junto á la casa de Zaida
Se puso disimulado.
Pensando está qué haría
En un caso tan pesado;
Determina entrar adentro
Por matar al desposado.
Ya que á esto estaba resuelto,
Vido salir muy despacio
Mucha caterva de gente
Con mil hachas alumbrando.
Su Zaida venia en medio
Con su esposo de la mano,
Que los llevan los padrinos
A desposar á otro cabo.
El buen Gazul que los vido,
Con ánimo alborotado,
Como si fuera un leon
Se había encolerizado.
Mas refrenando la ira

Se acercó con su caballo,
Por acertar en su intento,
Y en nada salir errado;
Y aguarda llegue la gente
Donde él estaba parado;
Y como llegaron junto,
A su estoque puso mano,
Y en alta voz que le oyeran,
De esta manera ha hablado:
«No pienses gozar de Zaida,
Moro bajo, vil, villano:
No me tengas por traidor,
Pues que te aviso y te hablo;
Pon mano á tu cimitarra,
Si presumes de esforzado.»
Estas palabras diciendo,
Un golpe le había tirado
De una estocada cruel,
Que le pasó al otro lado.
Muerto cayó el triste moro
De aquel golpe desastrado:
Todos dicen: muera, muera
Hombre que ha hecho tal daño.
El buen Gazul se defiende,
Nadie se llega á enojarlo;
De esta manera Gazul
Se escapa con su caballo.

Admirados quedaron todos los que iban acompañando á los desposados de lo que Gazul hizo, y algunos heridos, porque pretendieron vengar la muerte del desposado; y visto que no podían ofender á Gazul por ir á caballo y por ser valiente, alzaron el cuerpo del moro ya difunto, y le volvieron á casa de Zaida haciendo grandes llantos sus parientes y ella; la cual toda aquella noche no cesó de llorar á su amado esposo, y no le quedó de sus llantos otro consuelo, sino que sería posible que el enamorado Gazul tornaría á servirla como solía, y que se casaría con ella; lo cual sucedió muy diferentemente. La mañana venidera fué enterrado el difunto con mucha pompa, no sin faltar llanto de una parte y de otra. Los parientes del muerto se conjuraron de seguir á Gazul hasta la muerte por vía de justicia, porque de otra suerte no tenían remedio. Pues volviendo á Gazul, así como vió cumplido el fin de su deseo y juramento, como desesperado se fué á Granada donde tenía su hacienda y parientes; mas á pocos días llegado, le fué puesta acusacion criminal delante del rey sobre la muerte del sevillano moro, que también se llamaba Zaide. Mucho le pesó al rey de la acusacion, porque amaba mucho á Gazul por su valor; mas vista y entendida la causa, no pudo menos de dar contento á los acusadores. Finalmente, el mismo rey puso la mano en este caso, y con él otros caballeros de los mas principales de Granada; y tanto hicieron en ello, que condenaron á Gazul en dos mil doblas para las partes, y así fué libre deste negocio.

En este tiempo Gazul puso los ojos en Lindaraja, y se dió á servirla, como ya hemos dicho, y ella le quiso bien; y acerca della Gazul y Reduán tuvieron aquella batalla que se ha contado. Finalmente, por respeto de Muza, Reduán se apartó de sus amores con Lindaraja, y quedó por Gazul, el cual la sirvió hasta que sucedió la muerte de los Abencerrajes, donde fué muerto el padre de Lindaraja; y por esto ella se salió de Granada como desterrada, y se fué á Sanlúcar, y con ella Gazul y otros amigos suyos. Estando en Sanlúcar estos dos amantes, se hablaban y visitaban con gran contento. Después, como el rey don Fernando cercó á Granada, fué Gazul llamado de sus parientes para que se hallase con ellos en el tratado que se había de hacer con el rey de Granada para que al rey cristiano se le entregase la ciudad. Gazul se partió á Granada, y no faltó quien dijo á Lindaraja los amores de Gazul y Zaida, y la muerte que le dió á su esposo; y aun le dijeron que Gazul estaba en aquella sazón en Jerez, y no en Granada, de lo cual Lindaraja recibió mucha pena y mortales celos en su ánima; y fué la causa principal que Lindaraja se mostró cruel á Gazul cuando volvió de Granada á Sanlúcar. Pues como vió tanta mudanza en Lindaraja, estaba muy confuso, por no saber la causa de aquellos desdenes, y pretendió hablarla para satisfacerla; pero ella no quiso escucharle, mostrándose cruel. A esta sazón se ordenaba en Gelves aquel juego de cañas: fué enviado á él

Por ir mas disimulado.
Partese para Jerez,
Do lleva puesto el cuidado;
Toda la vega atropella,
Corriendo con su caballo.
Vandado pasó el río,
Que Guadalete es llamado,
El que da famoso nombre
Al Puerto antiguo nombrado,
Que dicen Santa María
De este nuestro mar hispano.
Así como pasó el río,
Mas aprieta á su caballo
Para llegar á Jerez,
Ni muy tarde ni temprano;
Porque se casa su Zaida
Con un moro sevillano,
Por ser rico y poderoso,
Y en Sevilla emparentado;
Y biznieta de un alcaide
Que vive en Sevilla nombrado
Del alcázar y la torre;
Moro valiente, esforzado.

Gazul, para lo cual se puso tan galán como habemos dicho. Antes de ir á Gelves quiso verla y hablarla; hablándola pasó lo atrás referido, y como dijimos fueron á Granada. Zaida se halló burlada, porque siempre entendió que Gazul volvería á pretenderla; y cuando supo que se había casado, le aborrecía; y dicen que se casó Zaida con un primo hermano de Gazul, que era muy rico y estimado, y vivía en Granada, y mediante esto cesó el rencor.

Pues dejándolo á un lado, y volviendo á nuestra historia, que todavía hay que decir, á pocos días se rebelaron los lugares de la Alpujarra; por lo cual convino que el rey don Fernando mandase juntar á todos sus capitanes, y estando juntos les dijo: «bien sabeis cómo Dios nuestro Señor ha sido servido de ponernos en posesion de Granada y su reino, con tanta costa y trabajo nuestro. Ahora parece que no temiendo nuestro castigo se han rebelado los lugares de la sierra, y es menester irlos á conquistar de nuevo. Por tanto, ¿cuál se determina á ir á emprender esta hazaña, y poner mis reales pendones encima de las Alpujarras, que yo lo tendré á gran servicio, y aumentará la honra?» Con esto dió fin á sus razones el rey, aguardando respuesta de algunos de los capitanes: todos los cuales se miraban unos á otros, sin aceptar ninguno la oferta del rey, porque era una conquista muy dificultosa. Y visto por el capitán don Alonso de Aguilar que todos estaban suspensos y nadie respondía, se levantó haciendo la reverencia debida, y dijo: «esa empresa, católica Majestad, confirmada está para mí, porque la reina me la tiene prometida.» Admirados quedaron todos los demás caballeros de la aceptación de don Alonso, con la cual el rey también se holgó mucho. Luego á otro día mandó que se le diesen á don Alonso mil infantes, todos escogidos, y quinientos hombres de á caballo. Entendió el rey y los de su consejo, que con aquella gente habría harto para tornar á apaciguar aquellos pueblos levantados y rebeldes. Don Alonso de Aguilar acompañado de muchos caballeros deudos y amigos suyos, que en aquella jornada le quisieron acompañar, se partió de Granada y comenzó á subir la sierra.

Los moros, así que supieron la venida de los cristianos, con presteza se apercebieron para defenderse, y tomaron todos los pasos mas estrechos y angostos del camino, para impedir á los cristianos la subida; después marchando don Alonso con su escuadron y metidos por los caminos mas estrechos, los moros con grandes alaridos acometieron á los cristianos, arrojando gran muchedumbre de peñascos las cuestas abajo, con lo que hacían muy notable daño en la cristiana gente, y tanto, que mataban á muchos. La gente de á caballo fué desbaratada de todo punto, y se hubo de retirar atrás por no poder hacer ningun efecto, y allí murieron muchos dellos. Visto por don Alonso el poco provecho de sus caballos, y la destruccion total de los infantes, á grandes voces animaba su gente subiendo todavía; pero ningun provecho se les seguía desto, porque sin pelear los moros mataban muchos soldados con las peñas que arrojaban. Fué tal la matanza, que cuando don Alonso llegó á lo alto no tenía quien le ayudase, porque los que subieron con él eran pocos y mal heridos; y en la cumbre de la sierra, en un llano que había, determinó de pelear con los moros, y cargaron tantos que en breve tiempo mataron á los cansados cristianos; y el último fué don Alonso, habiendo mostrado el valor de su animoso corazón, pues cuando él murió había muerto mas de treinta moros. Algunos se escaparon y dieron la nueva al rey don Fernando de la pérdida de don Alonso de Aguilar y su gente; lo cual fué muy sentido en toda la corte, y por este suceso se hizo el siguiente romance:

Estando el rey don Fernando
En conquista de Granada,
Donde están duques y condes,
Y otros señores de salva,
Con valientes capitanes
De la nobleza de España;

Después de haberla ganada,
A sus capitanes llama:
De que los tuviera juntos
Esta manera les habla:
«¿Cuál de vosotros, amigos,
Trá á la sierra mañana

A poner el mi pendon
Encima del Alpujarra?»
Miranse unos á otros,
Y el sí ninguno le daba;
Que la ida es peligrosa,
Y dudosa la tornada.
Y con el temor que tienen,
A todos tiembla la barba,
Si no fuera á don Alonso
Que de Aguilar se llamaba.
Levantóse en pié ante el rey:
Esta manera le habla:
«Aquesta empresa, señor,
Para mí estaba guardada;
Que mi señora la reina
Ya me la tiene mandada.»
Alegróse mucho el rey
Por la oferta que le daba.
Aun no era amanecido,
Don Alonso ya cabalga
Con quinientos de á caballo,
Y mil infantes llevaba.
Comenzó á subir la sierra
Que llamaban la Nevada:
Los moros cuando los vieron
Ordenaron gran batalla,
Y entre rambas y mil cuestras
Se pusieron en parada.
La batalla se comienza
Muy cruel y ensangrentada,
Porque los moros son muchos.
Tienen la cuesta ganada;
Aquí la caballería
No podía pelear nada:
Y así con grandes peñascos
Fué en un punto destrizada;
Los que escaparon de aquí

Vuelven huyendo á Granada.
Don Alonso y sus infantes
Subieron una llanada,
Aunque quedan muchos muertos
En una ramba y cañada.
Tantos cargan de los moros,
Que á los cristianos mataban;
Solo queda don Alonso,
Su compañía es acabada.
Pelea como un leon,
Pero no le aprovecha,
Porque los moros son muchos,
Y ningun vagar le daban.
En mil partes está herido,
No puede mover la espada;
Por la sangre que ha perdido
Don Alonso se desmaya:
Al fin cayó muerto en tierra,
A Dios rindiendo su alma.
No se tiene por buen moro
El que no le dá lanzada,
Lo llevaron á un lugar
Que es Oxijerán nombrada.
Allí lo vienen á ver
Como á cosa señalada:
Miranle moros y moras,
Y de su muerte se holgaban.
Llorábase una cautiva,
Una cautiva cristiana,
Que de chiquito en la cuna
A sus pechos le criara.
A las palabras que dice
Cualquiera moro lloraba:
«Don Alonso, don Alonso,
Dios perdona la tu alma,
Pues te mataron los moros,
Los moros del Alpujarra.»

Este fin lastimoso tuvo don Alonso de Aguilar: ahora sobre su muerte hay discordia entre los poetas que sobre esta historia han escrito romances, porque uno dice que esta batalla y otra de cristianos fué en la Sierra-Nevada; otro poeta que hizo el romance de rio Verde, dice que fué la batalla en Sierra-Bermeja. No sé cuál elija: el lector puede hacer esta eleccion, pues importa poco que muriera en una parte ó en otra, que todo se llama Alpujarra; aunque me parece que la batalla dicha pasó en Sierra-Bermeja, y así lo declara un romance que dice así:

Rio Verde, rio Verde,
Tinto vás en sangre viva:
Entre tí y Sierra-Bermeja
Muríó gran caballería.
Murieron duques y condes,
Señores de gran valia;
Allí muriera Urdiales,
Hombre de valor y estima.
Huyendo va Sayavedra
Por una ladera arriba:
Tras sí iba un renegado
Que muy bien le conocía.
Con algazara muy grande
Esta manera decia:
«Date, date, Sayavedra,
Que muy bien te conocía.
Bien te vide jugar cañas
En la plaza de Sevilla,
Y bien conocí á tus padres,
Y á tu mujer doña Elvira.
Siete años fui tu cautivo,
Y me diste mala vida;
Ahora lo serás mio,
O me ha de costar la vida.»
Sayavedra que lo oyera,
Como un leon revolvia:
Tiróle el moro un cuadrillo,
Y por alto hizo la via.
Sayavedra con su espada
Duramente le heria;
Cayó muerto el renegado

De aquella grande herida.
Cercaron á Sayavedra
Mas de mil moros que habia;
Hicieronle mil pedazos.
Con saña que del tenían.
Don Alonso en este tiempo
Muy gran batalla le hacian:
El caballo le habian muerto:
Por muralla le tenia,
Y arrimado á un gran peñon
Con valor se defendia.
Muchos moros tiene muertos;
Mas muy poco le valia,
Porque sobre él cargan muchos,
Y le dan grandes heridas;
Tantas, que allí cayó muerto
Entre la gente enemiga.
También el conde de Ureña,
Mal herido en demasia,
Se sale de la batalla
Llevado por una guia,
Que sabia bien la senda
Que de la sierra salia:
Muchos moros deja muertos
Por su grande valentia.
También algunos se escapan,
Que al buen conde le seguian;
Don Alonso quedó muerto,
Recobrando nueva vida
Con una fama inmortal
De su esfuerzo y valentia.

Teniendo noticia algunos poetas que la muerte de don Alonso de Aguilar fué en Sierra-Bermeja, alumbrados de los cronistas reales, habiendo visto el romance pasado, no faltó un poeta que hizo otro nuevo, que dice así:

Rio Verde, rio Verde,
«¿Cuánto cuerpo en tí se haña
De cristianos y de moros
Muertos por la dura espada?»
Y tus hondas cristalinas
De roja sangre se esmaltan;
Entre moros y cristianos
Muy gran batalla se trababa.
Murieron duques y condes,
Grandes señores de salva;
Muríó gente de valia
De la nobleza de España.
En tí murió don Alonso,
Que de Aguilar se llamaba;
El valeroso Urdiales
Con don Alonso acababa.
Por una ladera arriba
El buen Sayavedra marcha;
Natural es de Sevilla,
De la gente mas granada;
Tras él iba un renegado,
De esta manera le habla:

«Date, date, Sayavedra,
No huyas de la batalla:
Yo te conozco muy bien,
Gran tiempo estuve en tu casa,
Y en la plaza de Sevilla
Bien te vide jugar cañas:
Conozco á tu padre y madre,
Y á tu mujer doña Clara;
Siete años fui tu cautivo,
Malamente me tratabas;
Y ahora lo serás mio,
Si Mahoma me ayudara,
Y también te trataré
Como tú á mí me tratabas.»
Sayavedra que le oyera
Al moro volvió la cara:
Tiróle el moro una flecha,
Pero nunca le acertaba.
Hiriérale Sayavedra
De una herida muy mala;
Muerto cayó el renegado
Sin poder hablar palabra.

Sayavedra fué cercado
De mucha mora canalla,
Y al cabo cayó allí muerto
De una muy mala lanzada.
Don Alonso en este tiempo
Bravamente peleaba;
El caballo le habian muerto,
Y le tiene por muralla.
Mas cargaron tantos moros,
Que mal le hieren y tratan;
De la sangre que perdía

Don Alonso se desmaya.
Al fin, al fin, cayó muerto
Al pié de una peña alta;
También el conde de Ureña
Mal herido se compara.
Guiárale un adalid,
Que sabe bien las entradas;
Muchos salen tras el conde
Que le siguen las espaldas:
Muerto queda don Alonso,
Eterna fama ganara.

Aguilar; y, como hemos dicho, les pesó mucho á los Reyes Católicos, los cuales, como viesen la brava resistencia de los moros por estar en tan ásperos lugares, no quisieron enviar por entonces contra ellos mas gente. Mas los moros de la serranía, viendo que no podían vivir sin tratar en Granada, los unos pasaron á Africa, y los otros se dieron al rey don Fernando, el cual los recibió muy bien, lleno de clemencia y gozo. Este fin tuvieron los bandos y guerras de Granada, á honra y gloria de Dios nuestro Señor.

Esta fué la honrada muerte del valeroso don Alonso de